

Kepa SODUPE, Mbuyi KABUNDA, Leire MOURE, *África Subsahariana. Perspectivas sobre el Subcontinente en un Mundo Global*, Cátedra de Estudios Internacionales, Universidad del País Vasco, 2009.

## I

### **Conexiones y trayectorias históricas africanas**

Alicia Campos Serrano  
*Universidad Autónoma de Madrid*

#### **1. INTRODUCCIÓN**

Existe un lugar común, entre los estudiosos liberales de la globalización, que considera que las situaciones de crisis y pobreza que sufren muchas poblaciones africanas son consecuencia de la falta de integración económica del continente en el sistema internacional. Este análisis contrasta con las críticas de los teóricos de la dependencia de los años setenta, que consideraban que sólo la “desconexión” de África podría superar los límites al desarrollo que imponía el neocolonialismo.

Este texto quiere participar en este debate, tratando de superar visiones excesivamente estructuralistas y lineales, pero sin caer en la trampa culturalista, tan tentadora para los estudiosos del continente. Contextualizaremos históricamente las situaciones sociales actuales en África, caracterizadas por la coexistencia de procesos de apertura y de cierre político, la reproducción tenaz de la pobreza, y la terminación y explosión simultánea de nuevos conflictos. Y en todo ello, insistiremos en la importancia de las dinámicas transnacionales para comprender las realidades locales africanas.

Finalmente concluiremos en que la cuestión no es tanto si África está más o menos integrada en el resto del mundo, sino cómo las maneras específicas, y diversas, en que los espacios y las poblaciones africanas están conectados con otros lugares afecta a los órdenes políticos y a la prosperidad de sus gentes.

## 2. UN CONTINENTE EN MOVIMIENTO

“A diferencia de las asiáticas, las economías africanas están cerradas a las fuerzas (y, por lo tanto, a los beneficios) de la globalización. La globalización económica se podría definir como el libre movimiento de capital, trabajo, tecnología y mercancías. Que la globalización no ha llegado a África es patente”.<sup>1</sup>

La idea del secular aislamiento africano con respecto a las dinámicas internacionales, y del origen de los problemas de África en su incomunicación con el exterior, tiene una larga tradición intelectual. De hecho, constituía uno de los prejuicios recurrentes con que los europeos justificaron la necesidad de abrir el continente a través de su propia penetración colonial en las últimas décadas del siglo XIX. Frente a la imagen que los imperialistas tenían de sí mismos, como gentes con civilización, organizados en Estados y con la capacidad de expandirse por el mundo, los africanos eran vistos como poblaciones sin historia, agrupados en tribus, y asentados durante milenios en los mismos territorios.

Sin embargo, esta visión contrasta con lo que nos cuentan desde hace décadas muchos historiadores del continente, mostrándonos un espacio atravesado por intensas y larguísimas conexiones. Si quisiéramos comenzar por el principio, tendríamos que recordar que en el origen mismo de la humanidad se encuentra la expansión del *homo sapiens* desde las tierras altas de África Oriental al resto del mundo.

Lo cierto es que las poblaciones africanas poseen una rica historia de movimientos y circulación de grupos humanos, y con ellos, de cosas, ideas y formas de organización social. Redes comerciales, religiosas y políticas, que atraviesan desiertos, como el Sahara, cuencas de ríos, como el Nilo, el Níger o el Congo, y mares, han convertido a las poblaciones al sur del Sahara en parte constitutiva de amplios espacios sociales, como el Océano Índico o el mundo Mediterráneo. Y ello mucho antes de que algunos pueblos europeos en su expansión oceánica abrieran la última frontera, la atlántica, a partir del siglo XV, y establecieran los canales que desde entonces han vinculado a los africanos con el continente americano.

Las relaciones de los africanos entre sí tampoco se han caracterizado por el aislamiento y la inmutabilidad. Muy al contrario, las sociedades subsaharianas se han distinguido por su capacidad de desplazarse y de vincularse a otras, más allá de los grupos políticos y los espacios originales. Esta movilidad encuentra en el medio físico parte de su explicación: con excepción de algunos lugares como la franja mediterránea o los Grandes Lagos, el continente constituye una hábitat difícil para el ser humano, tradicionalmente poco poblado, que llega a sus cotas de máximo despoblamiento en el desierto y el bosque tropical. La escasa demografía permite y promueve un especial dinamismo territorial, que ha marcado en gran medida la historia política del continente (Iliffe, 1998; Herbst, 2000).

---

<sup>1</sup> Xavier Sala-i-Martin, “Somos el presente”, discurso pronunciado en el acto de entrega del Premio de Economía Rey Juan Carlos, Fundación José Celma Prieto, 2004.

En la mayor parte de África, la escasez de tierra no ha sido habitualmente un problema social, y la riqueza ha tendido a medirse “en personas”, más que “en territorios” o “en bienes”. Cuando la tierra de cultivo se agotaba, ocurría alguna catástrofe natural, o un gobernante comenzaba a ejercer un poder considerado excesivo, el recurso al movimiento, a la *escapada* (Hirschman, 1970), a irse de un lugar y asentarse en otro más allá del control del grupo matricial, estaba al alcance de muchos individuos y grupos, habitualmente ligados por lazos de parentesco, amistad y patronazgo.

Estas dinámicas sociales han hecho de África un continente de innumerables *fronteras*, según la formulación de Igor Kopytoff (1987), consideradas como amplios espacios escasamente poblados, donde se generan históricamente muchas organizaciones políticas, a través de unos procesos que han propiciado una cierta cultura política compartida.<sup>2</sup> Para Mbembe (2008) “la territorialidad precolonial era una territorialidad itinerante”. Y plural: “(e)l resultado solía ser una superposición extraordinaria de derechos y un entrelazamiento de vínculos sociales que no cabía reducir exclusivamente ni a las relaciones familiares, ni a la religión, ni a las castas” (Mbembe, 2008: 172)

Eso explica la generalización por toda África de historias locales que nos hablan de cómo los antepasados de un pueblo o de unas mismas gentes *llegaron* en un determinado momento al lugar que ahora ocupan. También explica los sutiles acuerdos (y a veces también conflictos) entre aquéllos que llegaron antes, a quienes se reconoce una especial relación con el territorio, y quienes fueron integrados o invadieron con posterioridad, que deben negociar con los primeros el uso de la tierra.

Y sobre todo nos permite comprender la resistencia y las dificultades históricas a la consolidación de Estados y organizaciones políticas excesivamente centralizadas. El coste de extender el poder político más allá del centro ha sido siempre muy elevado para los gobernantes africanos. A menudo, áreas teóricamente bajo control de un centro mantenían gran autonomía o estaban sometida a vasallaje de otros centros, haciendo del poder un fenómeno intrínsecamente desigual en el espacio (Nugent, 1998). Para algún historiador la contribución Africana más relevante a la historia de la humanidad ha sido precisamente el “arte civilizado de vivir juntos, relativamente en paz, sin Estados” (Lonsdale, 1981: 139).

Todo ello ha generado a lo largo de la historia Africana lo que podríamos denominar, en sentido weberiano, dos tipos ideales: el *pionero* y el *intermediario*. Los pioneros han sido personas con el arrojo, el valor y los recursos suficientes como para salir de sus comunidades de origen e integrarse en otras o fundar, con un grupo de familiares, amigos y clientes, comunidades políticas nuevas más allá y en los márgenes de poblaciones ya asentadas. El fenómeno actual de la inmigración Africana transoceánica podría entenderse como una expansión de este espíritu del pionero.

Los *intermediarios* son normalmente personas con poder, gobernantes que ante las dificultades de mantener el control sobre su población, o de obligarles a generar una acumulación de

---

<sup>2</sup> Kopytoff se inspira aquí en la formulación de Frederick Jackson Turner, *The significance of the Frontier in American History*, 1893.

recursos, obtienen rentas de su relación privilegiada con actores externos, como los comerciantes árabes que controlaban las rutas del Sahara o los europeos que se fueron asentando en las costas africanas desde el siglo XV. Efectivamente, las dificultades históricas para la concentración de poder y la acumulación de riqueza material en África, han hecho del comercio exterior y las relaciones con otros Estados la principal fuente de recursos para las autoridades africanas.

Parte específica de esta historia de movimientos de población, de inicial expansión europea y de intermediarios africanos, es la infame trata de esclavos, que formó parte del comercio triangular establecido desde el siglo XVI uniendo todas las orillas del Océano Atlántico. Pero en África, la trata reforzó, más que alteró, los procesos que hemos mencionado más arriba: la ya escasa demografía Africana, el recurso a la escapada de las poblaciones que huían de los cazadores de seres humanos, y también esa tendencia de ciertos gobernantes africanos a vincularse al comercio de larga distancia como forma de acumular recursos y poder.

El politólogo francés Jean François Bayart (1999, 2000) considera que estas dinámicas de *extraversión* son una constante en la historia de África que llega a nuestros días. La integración de ciertos actores políticos y económicos en amplias dinámicas transoceánicas y transcontinentales, y su vinculación con otros actores lejanos, no pueden considerarse por tanto como meros factores exógenos, sino como parte constitutiva de las mismas sociedades africanas.

### **3. EL GOBIERNO EUROPEO DE ÁFRICA**

Hasta las últimas décadas del siglo XIX las relaciones entre africanos y europeos habían sido básicamente de carácter comercial, limitadas a las costas del continente, y constituían una más de entre las numerosas relaciones de sus pobladores con sociedades lejanas. Aunque a partir del siglo XVI asumió los tintes perversos de la trata de esclavos, el control social en el continente se mantuvo casi siempre en manos de africanos. El mismo proceso de sustitución de la trata por la producción de materias primas demandadas por la revolución industrial en Europa, que se conoció como *comercio legítimo*, estuvo inicialmente liderado por dirigentes y agricultores africanos.

Pero desde aquel momento, poblaciones europeas, africanas y asiáticas se verían incorporadas a unas mismas organizaciones políticas transcontinentales: los imperios coloniales. La expansión colonial iba a transformar las conexiones transcontinentales previas, acabando con algunas, y estableciendo otras que integraban a África de manera forzosa y exclusiva en los mercados metropolitanos. El colonialismo europeo intensificó las relaciones entre las poblaciones africanas y la Europa industrial, y convirtió las diversas conexiones manejadas por señores y autoridades locales en dependencia.

El principal papel que se adjudicaría a los africanos dentro de este sistema iba a ser el de productores de materias primas que alimentaran la maquinaria industrial de las nuevas fábricas británicas, francesas o alemanas. Pero ello no se haría expandiendo el sistema de producción capitalista, convirtiendo a los colonizados en asalariados, sino a través de una miríada de formas, más o menos obligatorias, de trabajo. Y también de la propia iniciativa de pequeños agricultores, que producirían por cuenta propia para la exportación. Desde los lugares considerados como reservas de mano de obra, hasta los lugares de explotación de minerales, pasando por las pequeñas y grandes plantaciones, la diversidad y desigualdad marcaría en gran medida la integración de los distintos espacios y poblaciones en la economía colonial.

El beneficio económico no sería el único factor explicativo de la presencia europea en África: el mantenimiento del control social, y una autoasignada *misión civilizatoria* sobre poblaciones percibidas como *salvajes*, constituían igualmente objetivos del colonialismo, y explican en parte el carácter contradictorio de los Estados coloniales, no siempre capaces de cumplir al mismo tiempo todas las funciones que tenían encomendadas (Lonsdale y Berman, 1979).

Por su parte, los colonizados resultaron ser menos dóciles de lo que la estabilidad de la colonia requería, y la centralización del poder siguió siendo un proceso difícil de conseguir, también para los nuevos gobernantes europeos. Ello, junto a los limitados recursos con que contaban los agentes coloniales, hizo imprescindible que éstos contaran con la colaboración de ciertos africanos en posición de autoridad, sin la que el control de la mayoría de la población hubiera sido imposible. Los sistemas *indirectos* o delegados de gobierno lograban un control a bajo precio, y cierta autonomía de las autoridades locales (Diouf, 1999).

Estos intermediarios entre las poblaciones y el Estado colonial, se vieron reforzadas en su poder con la desaparición de instituciones locales de control político desde abajo, y con el nuevo apoyo del aparato colonial desde arriba. De modo que durante el colonialismo se alteraron los equilibrios políticos locales, pero también se reforzó la estrategia habitual de muchos gobernantes africanos de buscar apoyos en el exterior, y Ajayi (1966) ha podido hablar del colonialismo europeo, no como una ruptura total, sino como una etapa más de la historia africana.

Existe un debate entre quienes enfatizan la ambigüedad y la combinación de mecanismos de coerción y colaboración sobre los que se fundó el sistema colonial, y quienes insisten en su carácter esencialmente autoritario. En este sentido, para Mamdani (1996) la participación de elementos autóctonos sólo servía para convertir al colonial en un *despotismo descentralizado*, donde la mayoría de los africanos sufrían la consideración de *súbditos*, carentes de los derechos de ciudadanía. El gobierno colonial se basaba en la diferenciación entre distintas categorías de personas, clasificadas en función de su *civilización*, su *raza* o su *etnicidad*, y sometidos a leyes diferentes.

Lo cierto es que éste fue un periodo de intensa recreación de normas sociales, pues el control colonial sobre la mayoría de los africanos no se basó en su incorporación a la ciudadanía metropolitana, ni en la extensión de la legislación europea en el continente, sino en la aplica-

ción de supuestas *tradiciones y costumbres* ancestrales. En el nuevo contexto del orden colonial, dichas tradiciones sufrieron procesos de reinvención y codificación, de manos tanto de los funcionarios europeos como de sus interlocutores africanos. Sin embargo, esas costumbres no dejaron nunca de conformar un espacio de constante reclamación, debate y negociación por parte de distintos grupos sociales (Ranger, 1983 y 1993). Por su parte, la cultura política de los europeos también proporcionó instrumentos discursivos poderosos a muchos africanos que comenzaron a reclamar derechos reconocidos en la misma metrópoli (Cooper, 2002).

El colonialismo también afectó las dinámicas previas de movimientos de población: tanto los que se daban en el interior del continente protagonizados por pioneros o conquistadores africanos, como los que se daban en el espacio atlántico a manos de tratantes europeos y *brokers* locales. La colonización generó numerosas fronteras, externas e internas, en un continente donde predominaban las concepciones móviles y flexibles del espacio político (Mbembe, 2008). Y trató de sujetar a la gente al territorio, a través de diferentes instrumentos ya mencionados, como la clasificación rígida de la población en *tribus* o *etnias*, o la prohibición de ir de un lugar a otro sin un documento de pase.

Pero por otra parte el colonialismo generó, a veces sin pretenderlo, nuevos canales por los que europeos y africanos transitaban, obligatoria o voluntariamente. Se abrieron rutas que llevaban de los lugares de origen a los de trabajo, como plantaciones, explotaciones de caucho, obras de infraestructuras, minas de oro y diamantes. Otros caminos también llevarían a las misiones y a las ciudades. Los canales que unían a las metrópolis con las colonias eran recorridos sobre todo por europeos (administradores, misioneros, soldados, comerciantes) y estaban prácticamente vedados a los africanos. Con el tiempo, sin embargo, algunos jóvenes estudiantes llegarían también a las universidades europeas y americanas.

Aunque durante el colonialismo se dificultara la salida de los africanos del continente, como una característica más del autoritarismo colonial, se sentaron las bases de unos vínculos y un conocimiento mutuo entre europeos y africanos mucho más intensos que en épocas anteriores. De alguna manera los actuales inmigrantes africanos están transitando y ensanchando caminos ya abiertos o sugeridos por la propia colonización europea.

#### **4. SURGIMIENTO DE LOS ESTADOS POSTCOLONIALES**

El final de la Segunda Guerra Mundial conllevó la explosión de reivindicaciones anticoloniales en todo el mundo, y el inicio del proceso de descolonización que, desde el sureste asiático, llegaría a África a finales de los años cincuenta. El proyecto nacionalista en nombre del cual se puso fin al imperialismo europeo, pretendió transformar y romper con las dependencias coloniales: criticó la subordinación de la economía a las necesidades metropolitanas, y la división del continente en distintos territorios coloniales; propuso ambiciosos planes de industrialización y sustitución de importaciones; arremetió con más o menos énfasis contra los co-

laboradores locales, y aspiró a una *modernización* de los nuevos Estados independientes. La descolonización se dirigía por tanto a alterar la posición subalterna de África y los africanos en el sistema internacional. Y ello con independencia de que cada movimiento nacionalista abogara por vías más o menos revolucionarias o reformistas, y se apoyara en unos grupos sociales u otros en cada una de las colonias.

Los resultados de la descolonización fueron, sin embargo, ambiguos. Junto a la transformación de las normas del sistema internacional, que a partir de 1960 prohibieron el colonialismo, parecieron mantenerse tanto la fragmentación territorial, como las relaciones desiguales que unían a África Subsahariana con sus antiguas metrópolis, y ahora también con las nuevas potencias mundiales. Lo cierto es que la opción política que triunfó fue la continuidad de los aparatos (y fronteras) coloniales, convertidos en las administraciones de los Estados independientes, desde los que se pretendía llevar a cabo la promesa del desarrollo (que había sido apenas sugerida por las propias metrópolis europeas en sus últimos tiempos). Pero ello obligó a las nuevas élites a tratar de reproducir la base económica sobre la que se asentaba la colonia, que no era otra que la de seguir produciendo y extrayendo materias primas para los mercados internacionales.

Algunos críticos comenzaron a hablar de *neocolonialismo*, denunciando que la soberanía formal no había significado una liberación real. Los teóricos de la *dependencia* mantuvieron que las dificultades que demostraban los Estados poscoloniales para transformar la situación de pobreza y desigualdad heredada de la colonización, no eran resultado de un supuesto atraso congénito del continente, sino de las especiales relaciones de sujeción y subordinación que éste mantenía con el exterior. Según esta visión de las cosas, las élites políticas que heredaron el poder en los nuevos Estados funcionaban más como representantes de los intereses económicos de los países *centro* que de sus propias poblaciones. Y la descolonización sólo había supuesto una mera variación de una situación estructural de desigualdad y subordinación, que perduraba (Rodney, 1982; Amin, 1972).

La teoría de la dependencia ayudó a contextualizar los procesos económicos y políticos del continente en un marco mundial, y a tomar en cuenta factores internacionales para comprender la situación poscolonial en África. Sin embargo su excesivo estructuralismo impedía apreciar la diversidad de las prácticas y trayectorias concretas, así como los intereses propios y la autonomía relativa con la que actuaron y manejaron los recursos de su propia dependencia los nuevos gobernantes (Bayart, 2000).

La importancia que asumió el sistema internacional para los Estados poscoloniales se debió, no tanto a una ley de hierro del sistema, sino a que la debilidad interna y la falta de consolidación política favorecían que los nuevos gobernantes, como habían hecho sus antecesores africanos y europeos, buscaran en el exterior los recursos económicos, militares y políticos para el control de la población que no lograban conseguir en sus territorios.

Algunos de los recursos internacionales más importantes a su alcance eran intangibles, como las normas y los lenguajes con los que los nacionalistas africanos reclamaron y fundamentaron la independencia de las antiguas colonias. El movimiento panafricanista, las desco-

lonizaciones asiáticas y el movimiento afroasiático, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos, o los partidos comunistas en Europa y otros lugares del mundo fueron espacios que influirían enormemente sobre las élites intelectuales y políticas africanas.

En el ámbito de las organizaciones internacionales y sus normas, los principios de *libre determinación de los pueblos*, de *soberanía* y de *no-intervención*, reconocidos en la Carta de las Naciones Unidas, fueron apropiados y reinterpretados a la luz de los procesos de descolonización (Mayall, 1999). Ello favoreció que el fin de los imperios coloniales en África diera lugar a la aparición de numerosos Estados independientes, cuya soberanía dependía en cada caso del hecho de haber sido previamente una colonia europea, y no del efectivo control o del carácter representativo del gobierno con respecto a la población.

Por su parte, la Organización de la Unidad Africana, surgida en 1963, estableció la soberanía territorial y de respeto a las fronteras trazadas por los colonizadores como principios fundadores de las nuevas relaciones interafricanas. Pese a la retórica panafricanista de que hicieron gala muchos nacionalistas en su lucha contra la colonización, la OUA se basó en la garantía del respeto de las fronteras y el compromiso de no injerencia entre sus miembros, convirtiéndose en lo que Julius Nyerere llamó un *sindicato* de jefes de Estado y de gobierno africanos.

Lo que este acuerdo permitió fue que la progresiva aparición de regímenes militares y de partido único en todo el continente no recibieran las críticas y presiones que sí se hicieron contra los colonialismos recalcitrantes, como el portugués, o los gobiernos racistas de Suráfrica y Rodesia del Sur. La lucha contra el colonialismo fue precisamente una de las principales líneas de coordinación de las políticas exteriores africanas, especialmente en África Austral. Con la independencia de Angola y Mozambique a mediados de los años setenta, el fin del gobierno minoritario en Zimbawe (1980), la independencia de Namibia (1989), y el establecimiento de un gobierno mayoritario tras el fin del apartheid en Suráfrica a inicios de los noventa, prescribió, por éxito, la política anticolonial de los Estados africanos.

En cuanto a los recursos económicos, aunque los mercados internacionales se mostraron cada vez menos favorables para muchos de los productos que ofrecían los africanos, y pese a algunos programas de desarrollo, las políticas de los nuevos gobiernos no alteraron el esquema colonial de exportaciones de materias primas, convirtiendo así al Estado a través de sus Cámaras Agrícolas, en intermediario y beneficiario del comercio exterior. Por su parte, los créditos ofrecidos por las instituciones financieras y la *ayuda al desarrollo*, justificada en la necesidad de impulsar los procesos de *modernización* o de *revolución* de las sociedades poscoloniales, contribuyeron a que llegaran importantes recursos a manos de los nuevos gobernantes, que se vieron a su vez liberados de depender financieramente de sus propias poblaciones.

El *no alineamiento* en la confrontación de la Guerra Fría fue otro de los principios recogidos por la Carta de la OUA. La participación de los Estados africanos en el Movimiento de los No Alineados no impidió, sin embargo, que las dos superpotencias estuvieran presentes en la política africana (Mayall, 1999). Bien es cierto que en los primeros años de la descoloniza-



ción, y tras la crisis del Congo, las dos superpotencias mostraron cierta indiferencia hacia el continente. Pero a partir de los años setenta, la Guerra Fría tinto todos los conflictos locales que se sucedieron, especialmente en África Austral y el Cuerno de África. La relación que establecieron los africanos con las superpotencias no fue tanto de subordinación como clientelar, y americanos y soviéticos se vieron a menudo arrastrados por los intereses y consideraciones de sus clientes africanos.

La Guerra Fría proporcionó a los gobiernos africanos acceso a numerosos recursos, en armas y ayudas económicas, provenientes de Estados Unidos y la Unión Soviética, y en menor medida también de otros países como China o Cuba. Junto a las dos superpotencias, Francia fue la ex-metrópoli que mantuvo conexiones más intensas con los gobiernos poscoloniales, que encontraron en París un interlocutor y un apoyo permanente a sus demandas. El gobierno francés cultivó su esfera de influencia y estuvo siempre dispuesto a apoyar a los gobernantes francófonos frente a sus oposiciones y disidencias internas, con intervenciones militares si era necesario.

Esta concreta inserción de los nuevos países africanos en el sistema internacional tuvo efectos paradójicos. El primero fue emancipador, pues acabó con la dominación colonial europea y reconoció a los africanos su derecho a gobernarse a sí mismos. Pero por otra parte favoreció la continuidad de formas de poder autoritario en todo el continente, a menudo fundadas en mecanismos de control ya utilizados durante la colonia. Y es que los gobiernos africanos, más que en el consentimiento de los ciudadanos, se fundamentaron en su papel de interlocutores privilegiados entre sus poblaciones y el ámbito internacional, o en términos de Cooper (2002), en el carácter de bisagra o de *gate-keeper* del Estado. Su posición de moderno intermediario frente a las instituciones y los mercados internacionales es lo que proporcionó al Estado su mayor fuente de recursos y lo que le convirtió en el principal instrumento de acumulación económica en el continente (Cooper, 2002; Bayart, 2000; Clapham, 1996).

La importancia social y económica que adquirió el Estado de esta manera favoreció las reticencias de quienes ocupaban el gobierno a permitir, tanto la disidencia y la alternancia política, como el enriquecimiento de grupos sociales al margen de ellos mismos. Y también la focalización en el gobierno de las densas redes personales y clientelares que atravesaban las sociedades africanas (Berman, 1998; Cooper, 2002). En los casos más extremos, y cuando los recursos se fueron haciendo más escasos, la enconada lucha por el poder entre élites alternativas llevó al conflicto civil, con graves consecuencias para la población.

En suma, durante las primeras dos décadas de independencia, los gobiernos africanos disfrutaron de un ambiente internacional relativamente favorable para su mantenimiento. La nueva interpretación del principio de soberanía no condicionaba su reconocimiento a una verdadera representatividad de la población del territorio, siendo la única condición la de haber sustituido a la administración colonial. Y el principio de no intervención impedía cuestionar la legitimidad de los dictadores africanos. Por su parte, la Guerra Fría proporcionó recursos financieros y militares a los autócratas con sólo prometer lealtad a uno u otro bloque.

Como consecuencia de todo ello, aunque siempre existió una agenda africana de desarrollo simbolizada en el *Plan de Acción de Lagos* de 1980, “el desarrollo nunca se intentó verdaderamente en África” (Ake, 1996). Y se prefirió el mantenimiento del tipo de economía colonial dirigida a la exportación, y sus beneficios para el Estado, así como el recurso al endeudamiento y a la ayuda internacional. La específica integración de las sociedades africanas en dinámicas más amplias es por tanto una dimensión fundamental para comprender los órdenes políticos que se fueron conformando tras las independencias.

## 5. LA SEGUNDA LIBERACIÓN AFRICANA Y SUS LÍMITES

Este orden político poscolonial se demostró altamente inestable. Por una parte, la legitimidad conseguida por los nacionalistas africanos en su lucha contra el colonialismo fue decayendo conforme éste se alejaba en el tiempo. En segundo lugar, la dependencia de recursos externos hizo a los regímenes políticos africanos muy sensibles a las transformaciones de los mercados y las políticas mundiales, como el declive de los precios o las vicisitudes de la Guerra Fría. Por último, el modo de acumulación y distribución de la riqueza, a través de las redes clientelares que atravesaban el Estado sin favorecer a su vez actividades productivas, tendía a agotarse en sí mismo, al disminuir los recursos a disposición de las élites políticas.

Todo ello contribuyó al fin del *modelo poscolonial de acumulación* (Olukoshi, 2000), que desde los años ochenta se manifestó en una profunda crisis del Estado en África. Una de las dimensiones internacionales de dicha crisis fue la incapacidad de los gobiernos de reembolsar los créditos asumidos durante las décadas anteriores. Ésta fue la ocasión que aprovecharon las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) para intervenir en la política africana, imponiendo formas nuevas de considerar el papel del Estado y el mercado. Las IFI ofrecieron su ayuda para la renegociación de la deuda y la obtención de nuevos créditos, a cambio de la reversión del paradigma nacionalista de desarrollo, y la eliminación de todas las trabas institucionales a la libre circulación de mercancías. Las nuevas propuestas promovieron un radical adelgazamiento del estado y aspiraban a que África se concentrara en aquella producción con más “ventajas comparativas”, que eran básicamente materias primas, y olvidara otras políticas que conllevaran un cambio en el modelo económico internacional (Mkandawire y Olukoshi, 1995).

El carácter dependiente y extravertido de los Estados africanos convirtió las presiones de las IFI y demás actores internacionales de la ayuda en más determinantes que la opinión de las propias poblaciones afectadas. Y pese a las propuestas del Plan de Acción de Lagos, basadas en la diversificación de la producción, la atención a las necesidades básicas y la acción decidida del Estado en la economía, los gobiernos africanos fueron asumiendo las propuestas contrarias del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Ake, 1996).

La liberalización económica no supuso sin embargo la solución a la crisis del continente, y los Programas de Ajuste Estructural que fueron adoptando uno tras otro los gobernantes africanos fracasaron en su objetivo de promover el crecimiento. No se tomó en cuenta la constante depreciación de muchas materias primas africanas, salvo los casos de los minerales estratégicos, ni las políticas proteccionistas de muchos de los países consumidores. Por otra parte, la disminución de los recursos disponibles por los Estados no sólo afectó a las redes clientelares que se alimentaban de ellos, sino también a los grupos sociales que recibían los escasos servicios sociales del Estado. Las políticas de las IFI no hicieron más que agravar la crisis africana y también el descontento de la población, lo cual tendría efectos políticos una década más tarde (Olukoshi, 1998).

Otro acontecimiento de ámbito internacional que va a tener profundas implicaciones para África, y para el resto del mundo, fue el fin de la Guerra Fría. El proceso de distensión y la posterior desaparición de la Unión Soviética significó, en primer lugar, el declive del apoyo incondicional de las superpotencias a cualquier régimen político cliente, y la disminución del interés de las grandes potencias por el continente africano. En segundo lugar, reforzó la dimensión normativa y los criterios de legitimidad política en el ámbito internacional, congelados durante la pugna bipolar. Las transiciones políticas de Europa Oriental supusieron un ejemplo y un apoyo ideológico a los movimientos de oposición africanos a inicios de los años noventa. Y los donantes amenazaron con condicionar el desembolso de la ayuda a ciertas reformas de carácter político: sin cuestionar la ortodoxia liberal, el régimen de la cooperación al desarrollo devolvió al Estado y sus instituciones parte de su protagonismo en las políticas de desarrollo, a través del nuevo lenguaje del *buen gobierno* adoptado por las principales instituciones internacionales (Campos, 2005).

Los movimientos sociales africanos a favor del cambio político se vieron reforzados por estas transformaciones internacionales, que contribuyeron a los tímidos procesos de democratización que se consideran como uno de los principales fenómenos actuales al sur del Sahara. Se puso fin al *apartheid* en Suráfrica, y Namibia consiguió su independencia; se celebraron Conferencias Nacionales en muchos países francófonos, desde la primera de Benin en 1990; y se establecieron constituciones liberales multipartidistas en casi todos los países, que contemplaban la celebración periódica de elecciones como procedimiento de alcanzar el gobierno. De este modo, desaparecieron formalmente regímenes militares y de partido único que habían dominado el continente hasta entonces. Por último, la retirada de la Unión Soviética y su contencioso con Estados Unidos contribuyeron al fin de algunos conflictos, como ocurriría en Namibia, Mozambique y Etiopía.

Sin embargo, estos procesos, que dieron lugar a un momento de esperanza entre las gentes del continente y a la idea de una *segunda liberación africana*, mostraron numerosas limitaciones en términos de los derechos, políticos y económicos, que disfrutaron los africanos. Las más evidentes se refieren al mantenimiento y aparición de nuevos conflictos armados (Angola, Ruanda, Congo-Kinshasa, Somalia, Liberia, Sierra Leona) que ahora perderían relevancia geopolítica internacional. El final de la confrontación de la Guerra Fría contribuyó al colapso de regímenes políticos sustentados por las potencias mundiales, así como al creciente fenó-

meno de las intervenciones humanitarias. Y al mismo tiempo se puso de manifiesto la contri-bución fundamental de los recursos naturales, como los diamantes o el petróleo, al manteni-miento de muchos de estos conflictos. La indigenización y regionalización de los conflictos africanos, y el papel de los recursos minerales, se reflejó claramente en la devastadora guerra en el Congo, donde se involucraron hasta ocho Estados africanos (Kabunda, 1999).

Los procesos electorales, por su parte, han sufrido manipulaciones de variadas intensida-des por parte de los gobiernos, que, en muy distintos grados, recurren a la represión, la coop-tación de opositores y el empobrecimiento de la mayoría de la población como instrumentos fundamentales de control social. Los perdedores de las elecciones pierden también el acceso al Estado, que sigue siendo el principal ámbito, no sólo político, sino también de promoción económica y social, y por ello el recurso a la violencia se presenta en demasiadas ocasiones como una opción políticamente imaginable para ciertos grupos de la oposición.

La debilidad del Estado y de su capacidad de proporcionar bienes sociales que contribu-yan a la prosperidad de la mayoría, tras años de ajuste estructural y dinámicas rentistas, han favorecido la deslegitimación y falta de estabilidad de las reformas políticas. La existencia de amplios espacios territoriales y sociales fuera del control del gobierno, y la articulación de otras formas de dominación paralelas o delegadas, que algunos han identificado con un proce-so de *privatización* del Estado (Hibou, 1999; Mbembe, 1999), han debilitado el proyecto de-mocratizador centrado en éste. No obstante, el Estado sigue siendo objeto de enconadas lu-chas políticas.

Y ello se debe en parte al mantenimiento de la estructura de *extraversión*, con sus impli-caciones autoritarias para los Estados africanos, que siguen recibiendo del exterior la mayor parte de los recursos que aseguran su supervivencia. Y pueden por tanto prescindir, más fá-cilmente que otros, del apoyo de sus ciudadanos. La desaparición de los dividendos de la Guerra Fría, o la condicionalidad política de la ayuda (sólo en ciertos casos cumplida), no ha significado el fin de los recursos externos que reciben los gobiernos africanos, que han segui-do llegando en nuevas formas.

El futuro de los procesos de reforma política en un sentido más democratizador está, sin embargo, todavía por escribir. Comenta Mbembe (1999) que, lejos de un único proceso, están abiertos en África numerosas dinámicas que dirigen al continente hacia distintas direcciones, “simultáneamente”. Y dependerá en parte, aunque sólo en parte, de la deriva que adquieran las actuales conexiones transnacionales de África, el que predominen unas u otras. A las ten-dencias más recientes volvemos ahora la mirada.

## 6. NUEVOS TÉRMINOS DEL INTERCAMBIO PARA ÁFRICA Y TRAYECTORIAS ABIERTAS.

Las relaciones entre África y el resto del mundo han sufrido transformaciones importantes desde los años de las independencias. La participación de los productos agrícolas africanos en los mercados internacionales ha decaído, mientras que ha aumentado la extracción y venta de minerales estratégicos, que experimentaron extraordinarias subidas de precio en los años 2000, hasta la llegada de la crisis económica actual. El continente se ha convertido en un gran consumidor de armas ligeras y de productos manufacturados de baja calidad provenientes de Asia, y también en un lugar de paso de sustancias ilícitas.

También han ido cambiando los actores y las zonas del mundo con las que existen conexiones. El peso político de las antiguas metrópolis ha seguido decayendo relativamente, hasta afectar también a Francia, que ve cada vez más cuestionada su política africana. Y los tradicionales acuerdos comerciales y de cooperación entre la Unión Europea y sus antiguas colonias se han incorporado, tras convertirse en los Acuerdos de Cotonou en 2000, al creciente proceso de liberalización de los mercados internacionales liderado por la OMC (Marín y Bidaurratzaga, 2005). Sólo como destino de migraciones extracontinentales sigue siendo Europa lugar privilegiado por los africanos. Lo que ha hecho de las políticas (anti)migratorias y de “seguridad” europeas, uno de los principales ejes de las relaciones entre ambas áreas.

Por otra parte, libre del contrapeso de la Unión Soviética, el gobierno de Estados Unidos ha visto transformados sus intereses en África, que durante la administración Bush se han concentrado en las políticas de seguridad “antiterroristas” y en garantizar un aumento del flujo de petróleo africano. Ambos objetivos convergieron en la creación en 2007 de un mando africano del ejército americano, AFRICOM, aún sin base en el propio continente.

Sin embargo, el oligopolio de las relaciones con África, que disfrutaron por un tiempo europeos y americanos tras la guerra fría, ha desaparecido. En los últimos años, grupos económicos y políticos de nuevas potencias como China e India, pero también Brasil o la misma Suráfrica, están intensificando su presencia en ciertos lugares del continente. La explotación de minerales e hidrocarburos está en gran medida detrás de este fenómeno, que ha llevado a algunos a hablar de un *segundo reparto de África*. El reforzamiento de la ya vieja presencia china en numerosos ámbitos económicos, desde la extracción de minerales e hidrocarburos, hasta la construcción de grandes infraestructuras, pasando por la venta masiva de bienes de consumo baratos, está siendo hoy objeto de numerosos análisis, que señalan cómo los gobernantes africanos han encontrado un nuevo contrapeso a los donantes europeos y americanos, y sus vacilantes políticas de condicionalidad de la ayuda (Taylor, 2006; Manji y Marks, 2007).

Y es que, más allá de receptor de ayuda al desarrollo, África es hoy, a los ojos de los principales consumidores de petróleo, una alternativa parcial al convulso Golfo Pérsico. Las empresas multinacionales constituyen actores de primer orden en los sectores extractivos del continente. Y muchos regímenes del Golfo de Guinea y de la franja del Sahel han experimentado ya los efectos políticos de un recurso cuya producción se realiza en enclaves económi-

cos, al margen de la actividad de la mayoría de la población (Ferguson, 2006), y cuyos beneficios sólo alcanzan y empoderan a quienes ocupan la administración del Estado, en una nueva *extraversión* extrema.

Sin embargo, más allá de los gubernamentales, otros actores, como partidos políticos, comunidades de creyentes, organizaciones no gubernamentales, locales y transnacionales, instituciones internacionales, movimientos armados o empresas multinacionales han ido generando redes que atraviesan fronteras, y se refuerzan o compiten entre sí para caracterizar un espacio subsahariano intensamente, y también desigualmente, vinculado con procesos muy amplios.

Los proyectos más institucionales de integración regional, también reforzadas en los últimos tiempos, y simbolizados por la refundación de la Unión Africana, son sólo una de las maneras en las que se están reconfigurando las relaciones políticas de los africanos entre sí y con el resto del mundo (Kabunda, 1993; Bach, 1999). Los movimientos y reasentamientos de población han generado también nuevos espacios políticos transfronterizos, en forma de redes migratorias o de campos de refugiados, donde se entrecruzan distintas formas políticas y de control social por parte de gobiernos locales, organizaciones internacionales y grupos armados. La intensa participación en iglesias y hermandades de muchos africanos constituyen otra manera en que se atraviesan las fronteras estatales y regionales.

En todo ello, y en la estela de Mbembe, podríamos identificar algunas tendencias en África que se dirigen en sentidos muy diferentes. En algunos casos, se ha reforzado el papel del *principio de soberanía*, que asegura que ciertas actividades económicas que conllevan grandísimas inversiones extranjeras, sólo puedan realizarse a través del Estado y su reforzamiento como principal esfera social de acumulación. Es el caso de la explotación del petróleo, o de la concesión de muchas licencias mineras. Pero existen también lugares donde movimientos armados son capaces de controlar (o impedir) la extracción y venta de minerales estratégicos. Numerosos y diversos actores en África reproducen formas “privatizadas” de *extraversión*, obteniendo recursos y apoyos de ámbitos lejanos que refuerzan su capacidad de imponerse o negociar en los contextos locales. Muchos de estos fenómenos generan espacios que quedan más allá de la capacidad regulativa del Estado, si bien no siempre al margen de las personas que lo ocupan, y donde distintas formas de gubernamentalidad son ensayados.

Eventos recientes de gran alcance, como la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos, o la crisis financiera y económica internacional, tendrán su correlato, aún por determinar, en los procesos políticos y sociales africanos. Al mismo tiempo, cabe esperar que las políticas hacia África, desde Europa hasta China, se vayan transformando en función, tanto de procesos transnacionales, como de los acontecimientos que se produzcan y las decisiones que se tomen en el mismo continente. Cuáles serán las trayectorias que todo ello refuerce o cierre sólo con tiempo podremos conocer.

## 7. CONCLUSIÓN

La historia de las sociedades africanas no puede entenderse al margen de las intensas conexiones transfronterizas que han atravesado y vinculado al continente con otros lugares y poblaciones. Lejos de ser factores externos, el comercio de larga distancia, los movimientos de población o la integración en espacios políticos más amplios, son elementos constitutivos de la historicidad africana.

Las consecuencias actuales de dichas conexiones no pueden dejar de ser ambiguas. Por una parte la relación de África con el sistema internacional, desde la colonización europea, ha sido de subordinación y dependencia. Por otra parte, los gobernantes africanos han obtenido del ámbito exterior recursos que les han permitido mantener el control, a menudo represivo y autoritario, sobre sus sociedades. La cuestión no es, por tanto, si las sociedades africanas están más o menos integrada en el sistema mundial, sino cuáles han sido las concretas relaciones que han mantenido entre sí y con otras partes del mundo. Y qué consecuencias han tenido.

Los pobres indicadores sociales que a menudo muestran sus países, no se deben tanto a una férrea ley económica que vincule aislamiento, o globalización, con pobreza, sino a las maneras concretas en que se articula el poder. en procesos que son al mismo tiempo locales y transfronterizos. Muchas de las dinámicas económicas y políticas que hemos identificado están estrechamente ligados a las formas específicas en que el continente está vinculado a otros espacios.

Tal vez una mayor regulación de esas vinculaciones y de los flujos económicos internacionales (y no su intensificación) podría contribuir a que los beneficios de la economía mundial alcanzaran también a las poblaciones del continente. Incluso cabe sostener que la ruptura de ciertas conexiones actualmente existentes, y el fortalecimiento de otras dirigidas a exigir responsabilidades a gobiernos, empresas o grupos armados, favorecería las transformaciones políticas y sociales necesarias para asegurar una mayor participación de los africanos en los asuntos que les afectan.

## BIBLIOGRAFÍA

- AKE, C. (1996), *Development and democracy in Africa*, Washington: The Brookings Institution.
- AJAYI, J .F. A. (1969), "Colonialism: an episode in African History", en L.H. GANN y P. DUIGNAM (Eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, Vol. 1, Cambridge: Cambridge University Press.
- AMIN, S. (1972), "Underdevelopment and dependence in Black África", *Journal of Modern African Studies*, Vol. 10, n.º 7.

- AMIN, S. (1988), *La desconexión*, Madrid: IEPALA.
- BACH, D. (Ed.) (1999), *Regionalisation in Africa: Integration and Disintegration*, Oxford: James Currey.
- BAYART, J.-F. (1999), *El Estado en África. La política del vientre*, Barcelona: Eds. Bellaterra.
- BAYART, J.-F. (2000), "Africa in the World: A History of Extraversion", *African Affairs*, Vol. 99.
- BERMAN, B. J. (1998) "Ethnicity, Patronage and the African State: The Politics of Uncivil Nationalism", *African Affairs*, Vol. 97.
- CALLAGHY, T., KASSIMIR, R. y LATHAM, R. (2001), *Intervention y Transnationalism in Africa. Global-Local Networks of Power*, Cambridge: Cambridge University Press.
- CAMPOS SERRANO, A. (Ed.) (2006), *Ayuda, mercado y buen gobierno. Los lenguajes del desarrollo en África en el cambio de milenio*, Icaria / Paz con Dignidad, 2006.
- CLAPHAM, C. (1996), *Africa and the International System. The Politics of State Survival*, Cambridge: Cambridge University Press.
- COQUERY-VIDROVICH, C. y MONIOT, H. (1985), *África negra de 1800 a nuestros días*, Barcelona: Ed. Labor.
- COOPER, F. (2002), *Africa Since 1940: The Past of the Present (New Approaches to African History)*, Cambridge: Cambridge University Press.
- COOPER, F. (2002), "¿Para qué sirve el concepto de globalización? La perspectiva de un historiador Africanista", *Nova África*, 10.
- ECHART MUÑOZ, E. y SANTAMARÍA, A. (Coords.) (2006), *África en el horizonte. Introducción a la realidad socioeconómica del África subsahariana*, Madrid: Los libros de la Catarata.
- DAVIDSON, B. (1992), *The Black Man's Burden. Africa and the Curse of the Nation-State*, Londres: James Currey, / Harare: Baobab Books, / E.A.E.P., Nairobi / Kampala: Fountain Publishers.
- DIOUF, M. (1999), "Privatizations des économies et des états africaines", *Politique Africaine*, 73.
- FERGUSON, J. (1994), *The Anti-politics machine. Development, Depolitization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Minneapolis y Londres: University of Minnesota Press.
- FERGUSON, J. (2006), *Global Shadows. Africa in the Neoliberal World Order*, Durham y Londres: Duke University Press.
- HARBESON, J. y ROTHCHILD, D. (2008), *Africa in World Politics. Reforming Political Order*, Boulder: Westview.
- HERBST, J. (2000), *States and Power in Africa. Comparative Lessons in Authority and Control*, Princeton: Princeton University Press,
- HIBOU, B. (1999), *La privatisation des états*, Paris: Karthala.
- HIRSCHMAN, A. O. (1970), *Exit, Voice and Loyalty. Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*, Harvard University Press.



- ILIFFE, J. 1998 (1995), *África. Historia de un continente*, Cambridge: Cambridge University Press,
- INIESTA, F. (1998), *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, 2ª ed., Madrid: Los libros de la Catarata.
- KABUNDA, M. (1993), *La integración africana. Problemas y perspectivas*, Madrid, AEI.
- KOPYTOFF, I. (Ed.) (1987), *The African Frontier: The Reproduction of Traditional African Societies*, Bloomington: Indiana University Press.
- LONSDALE, J. y BERMAN, B. (1979), "Coping with the Contradictions: The Development of the Colonial State in Kenya", *Journal of African History* 20.
- LONSDALE, J. (1981), "States and Social Processes in Africa: A Historiographical Survey", *African Studies Review*, 24, n. 2/3.
- LONSDALE, J. (2005), "How to study Africa: from victimhood to agency", *Open Democracy*.
- MAMDANI, M. (1996), *Citizen and Subject. Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton: Princeton University Press.
- MAYALL, J. (1999), "The Hopes and Fears of Independence. África and the World 1960-1990" en D. Rimmer (Ed.), *África Thirty Years On*, Londres: Royal African Society / James Currey.
- MANJI, F. y MARKS, S. (Eds.) (2007), *China en África ¿ayuda o arrasa?*, Barcelona: Oozebap.
- MARIN, A. y BIDAURRATZAGA, E. (2005), "El nuevo marco de las relaciones entre la Unión Europea y África en la era pos-Lomé, en A. Campos, *Ayuda, mercado y buen gobierno*, Barcelona: Icaria.
- MBEMBE, A. (1999), "Du gouvernement privé indirect", *Politique Africaine*, 73.
- MBEMBE, A. (2008), "Al borde del mundo. Fronteras, territorialidad y soberanía y en África", en *Estudios Postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- MKANDAWIRE, T. y OLUKOSHI A. (Eds.), (1995), *Between Liberalization and Repression: The Politics of Structural Adjustment in Africa*, Dakar: CODESRIA Books.
- NUGENT, P. y ASIWAJU, A. I. (1998), *Fronteras africanas. Barreras, canales y oportunidades*, Barcelona: Ed. Bellaterra,.
- NUGENT, P. (2004), *Africa Since Independence*, Nueva York: Palgrave Macmillan.
- OLUKOSHI, A. O. (Ed.) (1998), *The Politics of Opposition in Contemporary Africa*, Uppsala: Nordiska Afrikainstitutet.
- OLUKOSHI, A.O. (2006), "Modelos cambiantes de la política en África", en A. Boron y G. Lechini (Eds), *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- PEÑAS F. J. (Ed.) (2000), *África en el sistema internacional. Cinco siglos de frontera*, Madrid: Los libros de la Catarata.
- RANGER, T. (1983), "The Invention of Tradition in Colonial Africa", en HOBBSBAWM, E y RANGER, T., *The Invention of Tradition*, Cambridge: Cambridge University Press.

- RANGER, T. (1993), "The Invention of Tradition Revisited", en RANGER, T y VAUGHAN, O. (Eds.), *Legitimacy and the State in Twentieth-Century Africa*, Oxford: Oxford University Press.
- RENO J. W. (2005), "Los estados débiles africanos, los actores no estatales y la privatización de las relaciones interestatales", *Nova África*, 16.
- RODNEY, W. (1982), *De cómo Europa subdesarrolló África*, México, Siglo XXI.
- TAYLOR, I. (2006), *China and Africa: Engagement and Compromise*, London: Routledge.
- TAYLOR, I. y WILLIAMS, P. (2004), *Africa in International Politics. External involvement on the continent*, Abingdon: Routledge.